

# Fontana de sueños

La Romántica



**Josie Litton**  
Fontana de sueños  
*Trilogía Fontana I*

Traducción de Berta Melier

 Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Fountain of Dreams*

© Josie Litton, 2003

© por la traducción, Berta Melier, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Bogna Kuczerawy

Primera edición en Colección Booket: febrero de 2010

Depósito legal: B. 1.777-2010

ISBN: 978-84-08-09027-4

Composición: La Nueva Edimac, S. L.

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

Josie Litton vive en Nueva Inglaterra (Estados Unidos) con su marido, sus hijos y sus mascotas, aunque su imaginación puede encontrarse en el Londres del siglo XIX o en la Noruega del siglo IX. Es una prolífica autora que ha escrito decenas de libros bajo diferentes seudónimos, como por ejemplo Maura Seger, Jenny Bates, Sara Jennings, Anne MacNeil o Laurel Winslow. En 1983 ganó el premio RITA a la mejor novela romántica por *Defiant Love*.

Tras el éxito obtenido por la *Trilogía de Ákora*, compuesta por *La isla de los sueños*, *El reino de la Luna* y *Castillos en la niebla*, Booket publica a lo largo de 2010 una nueva saga, que se inicia con la presente novela, protagonizada por una nueva generación de akoranos y akoranas y situada en los mismos escenarios de leyenda.



*A mi familia, en agradecimiento a su amor y su  
paciencia, y porque me han gastado la cantidad adecuada  
de bromas.*

*Y a mis lectoras y lectores, con muchos de los cuales  
—ellas y ellos— mantengo ya una relación de amistad.  
Gracias a todos por vuestro apoyo y vuestro estímulo.*



## Capítulo uno

*Londres, en la primavera de 1837*

La luz, que penetraba por los grandes ventanales del piso principal de la mansión, aparecía y desaparecía entre las ramas frondosas de los árboles que se mecían con la brisa tranquila que provenía del río. Era casi medianoche. En el jardín amurallado que rodeaba la casa, un búho abandonó silenciosamente su percha natural. Moviendo apenas las alas, planeó sobre el campo abierto antes de descender con rapidez para atrapar a un ratón desventurado.

El hombre que esperaba en la oscura sombra que proporcionaban los arbustos contempló la cacería y esbozó una pequeña sonrisa. También él cazaría pronto. Varias horas antes había logrado acercarse a la casa lo bastante como para comprobar que la familia estaba cenando. Los miró un instante por una de las ventanas: el príncipe Alexandros; su mujer, la princesa Joanna; su sobrino, el príncipe Andreas; y su hija, la princesa Amelia. Todos parecían relajados y de buen humor, ajenos al presentimiento de que su privilegiado mundo estaba a punto de tambalearse.

El hombre que permanecía escondido tras los tupidos

matorrales que crecían justo al pie de los altos muros de piedra se movía lo justo para evitar que se le agarrotaran los músculos. La noche era fría y húmeda, aunque él, que había soportado condiciones harto más duras, apenas lo notaba.

Era un hombre alto, delgado y atlético. Para la tarea de aquella noche se había ataviado con la ropa propia de un trabajador de oficina londinense, la de un hombre respectable con un buen sueldo de contable quizá, o de ayudante de abogado; de un hombre ni tan rico ni tan pobre como para llamar la atención. El tono oscuro de los pantalones y la chaqueta, fabricados en una lana lisa pero recia, lo camuflaban en la sombra. Se había alzado el cuello de la chaqueta para ocultarse más aún y llevaba tan ceñido el sombrero de fieltro que casi le tapaba los ojos, que, según algunos, eran de la tonalidad del acero.

No llevaba consigo arma alguna aunque, en honor a la verdad, aún partiría con ventaja frente a la mayoría de los oponentes pertrechados. En caso de que los guardias dieran con él, quería ofrecer el aspecto de un borracho inofensivo que estuviera deambulando por donde no debía. Para ello, se había embadurnado de tierra la chaqueta y los pantalones, con la intención de emular el resultado de trepar por el muro algo ebrio; también guardaba una botella de whisky medio vacía en el bolsillo de la chaqueta.

Aunque, por lo que parecía, la treta no iba a ser necesaria. Si bien era cierto que no había en Londres vivienda mejor vigilada, las patrullas rondaban a intervalos regulares y eran, por lo tanto, predecibles. Eso era lo esperado. La seguridad que circundaba la casa estaba pensada para aislar y proteger a sus inquilinos de las oleadas de agitación popular que rugían por todo Londres con cierta pe-

riedad, y no de un solo hombre que tratara de acceder al recinto.

Unos ojos grises brillaron en la oscuridad. Esperó, paciente y vigilante. En el piso de abajo se apagaron las luces y poco después se encendieron en el superior. La familia se retiraba pronto, antes de lo acostumbrado en aquella sociedad. Ellos preferían su mutua compañía a la correspondiente ronda de bailes, encuentros sociales, fiestas de máscaras, reuniones y citas similares. Según le constaba, aquella noche no tenían compromisos sociales de ningún tipo y eso encajaba a la perfección en sus planes.

La patrulla de vigilancia era buena; apenas la había oído llegar a pesar de estar esperándola. Los tres hombres pasaron a unos tres metros y medio de él. No hablaban y sus pasos eran prácticamente inaudibles. Formaban parte, como sabía, de uno de los ejércitos más temidos del mundo. Los guerreros de Ákora, el reino fortaleza que se encontraba más allá de las Columnas de Hércules, que habían mantenido la libertad y la soberanía de aquellas tierras durante siglos. Antigua, legendaria, apenas recientemente abierta al mundo moderno, Ákora fascinaba a muchos, pero no a él. Aquel lugar no le importaba lo más mínimo y esperaba sinceramente no tener que ver con él en absoluto.

La patrulla pasó a su lado. Respiró hondo, despejó su mente y atravesó corriendo el césped. En poco más de lo que dura un latido, alcanzó los arbustos que había bajo las ventanas del piso inferior. Allí se detuvo y, agazapado, escuchó atentamente.

La ausencia de sonido alguno en la casa y en los alrededores parecía indicar que su presencia no había sido detectada. Con cautela, se puso de pie y observó el comedor ya a oscuras. El servicio había terminado de recoger la mesa

y pronto se retiraría también a descansar. Entonces sólo quedarían despiertos los guardas de la patrulla y aquellos apostados en el vestíbulo.

Volvió a moverse, dobló la esquina, se dirigió a la parte de atrás de la casa y alzó la vista. Justo sobre él se encontraban las ventanas que ya había descubierto que correspondían a los aposentos de la princesa Amelia.

La patrulla volvía. Se arrimó a la pared de la casa para confundirse con los contornos de la piedra y la sombra, y esperó.

En cuanto los guerreros hubieron desaparecido, tomó un trozo de paño negro que extrajo del bolsillo de su chaqueta, se cubrió el rostro con él y se lo anudó en la nuca de forma que sólo se le veían los ojos.

Se agarró a las piedras que tenía por encima al alcance del brazo, hundió los dedos en la argamasa que las separaba y se impulsó con soltura y facilidad. Encontró con los pies una hendidura lo bastante profunda como para permitirle recuperar el equilibrio. Una vez en posición segura, volvió a ascender. Con rapidez y en silencio, trepó por la pared.

De la ventana de la princesa sobresalía un balcón. Se columpió hasta alcanzarlo, se dejó caer y aguzó el oído en busca de algún sonido que lo advirtiera de que había sido visto. Al no escuchar nada, abrió muy lentamente las puertas acristaladas.

Aunque la habitación estaba a oscuras, pudo vislumbrar la distribución del mobiliario, especialmente la cama sobre la que pendían unas cortinas de gasa.

Su presa dormía de lado. Y aunque él no alcanzaba a distinguir sus rasgos, conocía de sobra su aspecto después de haberla observado durante varios días mientras paseaba por Londres. No era una belleza, pero aquel rostro

producía una atracción especial, y, por lo que había visto, nada faltaba en aquel cuerpo. También había notado que se trataba de una mujer exuberante, segura y extrovertida, dada a sonreír con frecuencia y a reír con facilidad. Aquello no parecía encajar con la fama que tenía de persona fría y orgullosa, una impasible rompedora de corazones, una solterona de veinticinco años a pesar de la riqueza y el poder de su familia.

Con todo, si la soltería no era del agrado de la chica, no se le notaba. Dormida como estaba, respiraba lenta y profundamente. Por un instante, él pareció vacilar... No es que dudara exactamente, eso nunca, pero sí notó una punzada de arrepentimiento por no haber podido dar con otro plan.

En cualquier caso, no era un hombre al que le gustara regodearse en sus defectos. En un único movimiento, apartó las cortinas y se hizo con ella. Amelia se despertó de inmediato con un grito que fue rápidamente ahogado con las mantas con las que en seguida la cubrió. Y a pesar de que ella se revolvió con fiereza, en pocos segundos ya la había amordazado y le había tapado bien la cabeza con una capucha.

Aun así, lejos de acobardarse, los esfuerzos de la mujer por liberarse se redoblaron. Era increíblemente fuerte. Aunque nada comparable con su propia fuerza, la chica le dio más trabajo del que esperaba.

Estuvo tentado de pedirle que parara, pero no podía arriesgarse a que le reconociera la voz; de modo que, en lugar de ello, la agarró con más fuerza como advertencia. Aunque, según parecía, no la suficiente. Para su asombro, aquella prisionera escurridiza y luchadora logró soltarse un brazo con el que le asestó en el acto un tremendo puñetazo en la mandíbula.

Y fue toda una vida de disciplina autoimpuesta la que lo llevó a no maldecir en alto. Envolvió a la mujer en las mantas aún con más fuerza y se apresuró hacia la puerta.

Según había comprobado también mientras vigilaba, no había guardas en el interior de la casa, salvo en el salón principal; para evitarlos, empleó la escalera de atrás que solía usar el servicio. El trayecto resultó complicado porque el bulto que llevaba en brazos no dejaba de moverse y se negaba a desistir. La princesa no cesaba de luchar, atada como estaba con la firmeza con que se aprieta el ganso en Navidad. Era todo lo que podía hacer para mantenerla agarrada sin hacerle daño.

Cuando alcanzó el piso inferior, se detuvo. No podía escapársele, de eso estaba seguro. Ahora bien, tampoco debía subestimar el peligro que corría. Si ella lograra emitir algo más que un grito ahogado...

Los akoranos lo harían prisionero, aunque dudaba de que lo llevaran ante las autoridades británicas. Todo lo que sabía de ellos le llevaba a pensar que tratarían de resolver aquel asunto a su manera, eso siempre que no lo mataran directamente. Más le valía a la mujer merecer todas esas molestias.

Abrió la puerta y salió al exterior. Si sus cálculos eran correctos, contaba con apenas cinco minutos antes de que volviera a pasar por allí la patrulla; el tiempo suficiente como para atravesar el jardín, abrirse camino entre los matorrales y escalar el muro.

Siempre que Shadow estuviera en su puesto.

Y lo estaba, como cabía deducir de la enorme forma que se escondía entre el forraje de las ramas más altas de los árboles, así como por la sogas que colgaba de su lado del muro. Tras dejar escapar un suspiro de alivio para sí, depositó aquella carga que se resistía en la eslinga que

había en el extremo de la cuerda, la amarró bien y tiró para avisar a Shadow. De inmediato, la eslinga comenzó a ascender. Mientras observaba la maniobra pudo comprobar que su prisionera continuaba resistiéndose con energía. Luego él mismo trepó el muro. Una vez se encontró junto a Shadow, que asintió al verlo, lo ayudó a levantar la eslinga.

Acabaron pocos segundos antes de que pasara de nuevo la patrulla. Con su presa al hombro y Shadow siguiéndolos de cerca, corrió camino abajo hasta doblar la esquina tras la que había un carruaje esperándolos.

Las ruedas comenzaron a girar antes incluso de que se hubiera cerrado la puerta del vehículo.

¿Pero qué demonios...? ¡Aquello no podía estar sucediéndole a ella! No podía haber sido sacada de su hogar, tan bien protegido, en medio de la noche, raptada por algún patán de manos duras, brazos fuertes y, según parecía, sin deseo alguno de vivir mucho más.

Ni una palabra, ni un sonido había salido de él, ni siquiera cuando le había dado un puñetazo que por lo menos debería haber provocado una maldición. Y era aquello, más que cualquier otra cosa, lo que la tenía preocupada.

O la había secuestrado un mudo, o su captor era un hombre con una capacidad de control fuera de lo normal y que sabía exactamente lo que hacía.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Amelia batalló contra su propio miedo. Debía mantener la mente despejada a toda costa. Mejor sería concentrarse en la rabia, tan intensa que eclipsaba el temor que sentía. Había dos hombres, pensó. Quizá más, pero al menos hacían falta dos para pasarla por encima del muro. Ninguno de ellos había

hablado y la capucha que le cubría la cabeza aseguraba que no pudiera ver nada.

¿Qué era lo que tramaban? ¿Pedir un rescate? ¿O algo peor? Sus padres nunca habían confundido la inocencia con la ignorancia. Todos sus hijos, ella incluida, contaban con una visión muy real del mundo, tanto de sus glorias como de sus peligros.

Hasta el momento, por lo menos, no estaba herida. Él no había reaccionado ni siquiera cuando lo había atacado, salvo sujetándola con más fuerza. ¿Qué significaba aquello?

¿Acaso importaba? Fueran quienes fuesen, y al margen de cuáles fueran sus intenciones, debían de estar locos. Su padre, sus tíos, sus hermanos y sus primos no descansarían hasta que ella estuviera a salvo y vengada. Si pudiera hablar, podría intentar convencerlo de que pusiera fin a todo antes de que fuera demasiado tarde para él y para el resto de la gente involucrada. La mordaza, sin embargo, le presionaba con fuerza la boca. Podía respirar con la suficiente facilidad, pero no podía emitir más que sonidos ahogados.

La capucha impedía la entrada de la luz, y las mantas la mantenían firmemente apresada. No podía ni ver, ni hablar, ni moverse. Estaba tan apartada del mundo que lo único que podía oler era la tela que le tapaba la cabeza; nada más. Con todo, sí podía oír y sentir.

El sonido metálico de las herraduras de los caballos se hizo más agudo, de lo que dedujo que avanzaban sobre calles adoquinadas como las que había próximas a su casa. Ahora bien, ¿en qué dirección? Al sur se encontraban el río y el muelle. ¿Acaso intentaba subirla a un barco para hacerla desaparecer lejos? Aunque el miedo que la atenazaba pareció aumentar, se negó a dejarse vencer. Si era un

rescate lo que perseguía, como esperaba que fuera, era improbable que se la llevara muy lejos de Londres.

Y si no se dirigían hacia un barco, quizá estuvieran avanzando por alguna de las carreteras que salían de la capital en todas direcciones. Las carreteras habían mejorado mucho en los últimos tiempos. Con buenos caballos, podían recorrerse grandes distancias más rápidamente que nunca.

No podía olvidarse de la nueva vía del ferrocarril, que llevaba en funcionamiento menos de un año y que unía Londres con Greenwich, aunque probablemente él no la usaría. El ferrocarril seguía llamando mucho la atención y, además, no circulaba de noche.

Fuera cual fuese su intención, cada momento que pasaba la alejaba de la esperanza de ser rescatada. En un instante de emoción, las lágrimas amenazaron con brotar. Las contuvo. Ahora bien, el sonido penetrante y tenso que emitió al hacerlo traspasó la mordaza. Amelia notó que su captor se tensaba y, movida por una urgencia repentina, volvió a toser.

La mano de él se posó en las mantas situadas cerca del rostro de ella. O eso al menos le pareció a ella. Era terriblemente difícil de determinar.

¿Y si estaba asfixiándose de verdad? ¿Por qué habría de importarle a él salvo que tuviera alguna preocupación por mantenerla con vida? Si así era, quizá pudiera aprovecharlo en su beneficio.

Maldita fuera la mordaza. Se llenó los pulmones de aire y descargó una tos desesperada y entrecortada lo bastante potente como para convencer a cualquiera de que corría peligro de morir ahogada.

¡Las mantas se aflojaron! Aunque aún no podía ver nada, sí podía sentir el aire fresco de la noche. Otro ata-

que de tos profunda y prolongada le dejó dolorida la garganta, pero no importaba. Podía ya mover los brazos y las piernas. Daba igual lo del puñetazo, aquel hombre necesitaba una buena patada, y rápida.

Si bien no podía ver para apuntar, acabó atizándole en alguna parte igualmente: el pecho, el muslo... Fuera lo que fuese, estaba duro como el acero. De hecho llegó a temer haberse roto algún dedo del pie, pero era lo de menos, pues logró que él la soltara lo suficiente. Tanteó con la mano hasta encontrar la manecilla de la portezuela del coche, la giró y la abrió. Una ráfaga de viento le anunció su triunfo. Al cabo de un momento estaría fuera del vehículo. La caída sería dolorosa, pero todo era mejor que seguir cautiva. Aun así, cegada por la capucha como estaba, dudó durante apenas una fracción de segundo.

Aunque no daba crédito a lo que veía, no vio mermada su capacidad de reacción, tan veloz como un rayo y que lo había mantenido con vida en condiciones mucho peores que aquélla.

Había planeado todo cuidadosamente, había pensado cada paso y considerado cada posibilidad. O eso había creído, pues no había contado con una mujer incapaz de darse por vencida.

Haciendo caso omiso entonces a todo salvo a impedir que se escapara, la aferró con fuerza; y aunque ella continuó revolviéndose, apretó las mantas con tal fuerza que logró que no pudiera ni moverse. Todo sonido que ella emitiera quedaría tan ahogado que ni él lo oiría, lo cual le pareció estupendo.

Siguieron viajando durante toda la noche. Amelia no volvió a intentar escaparse, aunque permaneció en alerta. Cual-

quier otra mujer que se hubiera visto en una situación tan desesperada habría acabado sumida en un profundo sueño, pero Amelia no lo hizo. Y aunque no podía verle la cara, sabía por el tacto al agarrarla que ella continuaba totalmente consciente. No había duda de que además estaba tremendamente inquieta. Dado que no había posibilidad de tranquilizarla, ni lo intentó, aunque se sintió aliviado cuando, a varias horas ya de Londres, alcanzaron por fin su destino.

Mientras Shadow llevaba el coche y los caballos al establo, él cargó con su reacia invitada hasta el interior de la pequeña casa cubierta de hiedra, que atravesó para llegar al dormitorio del fondo. Entró en la habitación, depositó a Amelia en la cama y se retiró con rapidez. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, volvió a mirar a la mujer. Se le había caído la manta dejando al descubierto su atuendo de noche. El finísimo tejido de lino ribeteado con encaje no le ocultaba mucho el cuerpo, y pudo comprobar que era al menos tan hermoso como había imaginado.

Amelia se llevaba ya las manos a la cabeza para retirarse la capucha. Justo en el momento en que iba a quitársela, él cerró la puerta con la fuerza suficiente como para que ella pudiera oír el tremendo ruido sordo que la apartaba del mundo.

Una habitación. Ni pequeña ni grande, e iluminada con lámparas de aceite. Había una cama estrecha con un arcón a los pies; junto a ella, una mesilla y una mesa de mayor tamaño con un lavabo y una jarra, aunque ambos recipientes estaban vacíos. En la pared se abrían dos ventanas que aparecían totalmente cerradas, y una puerta que habían cerrado con llave desde fuera.

Y aunque no podía haber esperado que fuera de otro

modo, sintió que un escalofrío la recorría de arriba abajo mientras asumía el hecho de que realmente estaba encerrada. Con severidad, se repitió a sí misma que la cobardía no llevaría a nada bueno. Era una princesa de la dinastía de Ákora y se comportaría como tal.

Rasgó la mordaza y se la retiró en seguida. Aún con mayor rapidez buscó el modo de escapar. Calculaba que habían pasado varias horas desde que la habían raptado. No tardaría en amanecer y, cuando lo hiciera, su familia descubriría que no estaba. Se le hizo un nudo en la garganta al imaginar lo que pensarían o, más importante aún, lo que temerían. Ojalá pudiera liberarse pronto no sólo por ella, sino también para tranquilizarlos a todos.

Trataba de hallar la forma de lograr precisamente eso cuando la detuvo el ruido de un pestillo que se abría. Repentinamente, consciente de que no iba vestida con la ropa apropiada, se envolvió con la manta justo cuando se abría la puerta.

El hombre que había de pie en el umbral era enorme. Aunque estaba acostumbrada a ver a hombres muy altos —su padre, sus hermanos, sus tíos y sus primos superaban el metro ochenta—, incluso en comparación con ellos, aquel hombre era gigantesco. E igualmente corpulento. Tenía unos hombros y un pecho tan anchos que parecía que no fuera a caber por la puerta. Lucía una cabellera y una barba pobladas, oscuras y desaliñadas. Él la observó por debajo de unas cejas igualmente espesas y negras y le habló con un acento irlandés:

—Le traigo comida y agua, muchacha, y también un consejo para acompañar. Pórtese bien, no intente hacer ninguna tontería y no le ocurrirá nada.

Ignorando la recomendación, Amelia le plantó cara directamente:

—Están locos o son suicidas, o quizá ambas cosas. ¿No se dan cuenta de lo que les pasará cuando me encuentre mi familia?

Para su asombro, el irlandés se echó a reír.

—No van a encontrarla, al menos no hasta que alguien les diga dónde buscar. —Dio un paso dentro de la habitación, se cercioró de cerrar la puerta y avanzó hacia la mesa. Al darse cuenta de hacia dónde dirigía ella la mirada, suspiró—. No crea que puede escaparse, muchacha. Eso no va a ocurrir. Será mejor que asuma que va a pasar aquí algún tiempo y no ande preocupándose por ello.

—¿No creerá en serio que voy a limitarme a aceptar esta situación?

Él encogió sus enormes hombros, dejó la bandeja que traía consigo y volvió hacia la puerta. Amelia no pudo evitar fijarse en que se movía con elegancia para ser un hombre de aquel tamaño. Sin duda, él estaba en lo cierto, no podría escaparse. Y tampoco pensaba intentarlo. Podía haber más gente en la casa —el otro hombre del muro, por ejemplo, preparado para acudir si el gigante irlandés daba la voz de alarma. Cuando escapara —y debía creer que así sería—, lo haría sin que nadie lo supiera hasta que estuviera tan lejos que no pudieran hacer nada al respecto.

—Le aconsejo que duerma un poco, muchacha. —Miró la habitación—. Ya sé que esto no es a lo que está acostumbrada, así que esperemos que su familia pague pronto.

—¿Me retienen por un rescate? —El pequeño chispazo de alivio que había sentido se desvaneció rápidamente. El hombre había permitido que ella le viera el rostro. ¿Por qué hacer eso si realmente pretendía liberarla en cuanto su familia pagara?

—El dinero mueve el mundo, muchacha —respondió

antes de abrir la puerta, salir a lo que parecía un estrecho pasillo y cerrarla con fuerza tras él.

Amelia oyó cómo volvía a correr el pestillo.

A punto estuvo de venirse abajo, pero no se lo permitió a sí misma. Por el momento, al menos estaba segura. Y debía aprovecharse de esa circunstancia.

Ahora bien, ¿cómo?

El hombre de ojos grisáceos gruñó al ver que la puerta que vigilaba se movía ligeramente. Desde el otro lado oyó una maldición contenida. La dama era más rebelde de lo que había esperado, mucho más, pero ahora estaba bien encerrada. Por primera vez en unas semanas se permitió relajarse, aunque fuera sólo un poco.

Sin hacer ruido alguno avanzó por el pasillo. Shadow lo siguió.

—¡Es una princesa en toda regla! —comentó Shadow cuando llegaron al salón.

Sus palabras no mostraban ni siquiera trazas del acento irlandés que acababa de fingir con afectación hacía un momento. Por el contrario, habló con un ligero deje propio de Kentucky, su tierra antes de que el tiempo y las circunstancias los hubieran alejado a ambos de aquel lugar.

—Lo es. —Y como confiaba en Shadow como en nadie, añadió—: Ha presentado más resistencia de la que esperaba.

—¡Ah! ¿Sí? —Shadow se quitó la peluca y la barba postizas de pelo negro y espeso que llevaba y las lanzó con claras muestras de alivio—. Bueno, ahora está aquí y eso es lo que importa. ¿Cuándo crees que intentará quitar la contraventana?

—Por la mañana, quizá. ¿Has drogado la comida?

Shadow asintió.

—Tal y como dijiste. De todos modos, debería estar agotada.

—En cuanto se despierte buscará el modo de salir por sí misma. Intenté no ponérselo fácil.

—Ya veremos, entonces. ¿Te apetece algo de beber?

—Suená bien.

Estaba tumbado frente a la chimenea del salón y sostenía una apetecible copa de bourbon cuando empezaron a caer las primeras gotas contra los cristales. Frunció el ceño; no había pensado en la lluvia. Pero tal vez no importara demasiado. No creía que la princesa secuestrada fuera a moverse antes del día siguiente, o incluso después.

¿Y entonces?... Entonces ya verían. Dependía mucho de si se comportaba como él esperaba que lo hiciera. Si no lo hacía...

Tendría que volver a empezar desde el principio. Sería desafortunado y difícil, pero lo haría. Cumpliría su misión, costara lo que costase. Aun así, sería mucho más sencillo si ella actuara como le correspondía.

Le dolía el hombro. Amelia se lo frotó con delicadeza mientras contemplaba aquella puerta incorruptible. Estaba gastando sus fuerzas. La puerta no cedería. Debía encontrar otra salida de la habitación.

Estaba demasiado bien entrenada como para tocar la comida o el agua, de modo que las ignoró: «En manos del enemigo, ni beber ni comer. Cualquier sustancia podría contener veneno o droga. No ofrecerse a nada. Buscar todas las formas de huir. Nunca perder la esperanza.» Sabía todo eso y más, ella, que había nacido para vivir en condiciones privilegiadas y protegida. Y lo sabía porque sus pa-

dres conocían bien los peligros del mundo en que vivían, un mundo que se deslizaba hacia un futuro inimaginable desde apenas unas décadas, antes de que se inventaran las máquinas que lo estaban cambiando todo, transformando el paisaje, llevando a las gentes de las granjas y los pueblos a las ciudades, nublando los cielos y, con todo, ofreciendo la esperanza de una vida mejor, al menos para algunos.

También lo sabía porque era una niña de Ákora, el reino fortaleza que había conservado su libertad durante más de tres mil años gracias a que no había bajado la guardia ni un instante. Era el hogar que amaba, aunque en el fondo anhelara un lugar sin nombre, desconocido, que no fuera quizá sino un sueño.

Amelia se alejó de la bandeja y se fijó en las ventanas. Aunque ya las había estudiado brevemente y había descubierto que estaban cubiertas con unas gruesas contraventanas de madera, esta vez las observó con mayor detenimiento. Una de ellas parecía tan inamovible como la puerta. Debían de estar amarradas con firmeza desde el exterior. Sin embargo, la otra...

Sintió que iluminaba su interior un rayo de esperanza cuando la segunda contraventana cedió ligeramente al empujarla. Se había abierto apenas una minúscula grieta, pero le bastó para ver allí una oportunidad. Si contara con los medios para hacer palanca y separarla... Quizá podía aflojar el pestillo que la sujetaba, o incluso romperlo.

Echó un vistazo rápido a la habitación en busca de algo que le sirviera, pero no encontró nada. Con determinación, rebuscó en los cajones de las mesas, miró debajo de la cama y al final acabó quitando las mantas del colchón. Si bien el mueble estaba hecho de madera, el colchón que retiró se asentaba sobre un somier de finas tablillas metálicas. Aunque estaban bien insertas en el marco, logró aflojar una.

Animada por el éxito de su empresa, Amelia introdujo un extremo de la tablilla en la ranura que había abierto entre las contraventanas y apretó con fuerza. Si bien al principio no ocurrió nada, a medida que insistía, la rendija fue agrandándose ligeramente. Se detuvo para descansar un momento y volvió a empezar. Una y otra vez hizo palanca con la pieza de metal, pero sólo consiguió agrandar el hueco unos centímetros. Se sintió embargada por una sensación de frustración. Le dolían las manos y, peor aún, empezó a notar las primeras señales de desesperación.

Así no funcionaría. Se limpió enfadada las lágrimas que le resbalaban por las mejillas y redobló sus esfuerzos. Pasaron unos minutos largos y aparentemente infructuosos hasta que, finalmente, cuando ya rozaba el límite de su propia fuerza, se oyó el sonido repentino de un metal desgarrándose.

Por un brevísimo instante pensó que la tablilla se había partido, pero en seguida comprobó que no había sido así, sino que el pestillo exterior se había desprendido de la madera y ahora colgaba de una de las benditas contraventanas abiertas.

El aire frío de la noche la reanimó de inmediato. Tiró la tablilla, se arrojó con la manta con la que se cubría y se abrió paso por el alféizar. Desde allí, sólo tuvo que dar un pequeño salto hasta el suelo.

La noche era cerrada. Al principio apenas podía distinguir su mano delante de la cara, pero al cabo de unos minutos fueron delineándose los contornos del jardín. Había un muro; se le hizo un momentáneo nudo en la garganta que se le aflojó en cuanto descubrió que justo enfrente de ella había una verja.

Con los pies descalzos y la manta agitándose tras ella, Amelia corrió hacia la salida.